



LAS SEÑALES DE LA MEMORIA

Para Ernesto Montecavaro
cuyas imágenes fotográficas
son otras tantas señales
de la memoria,
afectuosamente

Juan José Echegaray
Buenos Aires 1938



otros jóvenes, lo descubrí en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Desde entonces, Sebrelí es un testigo insoslayable de los hábitos, obsesiones, rituales y mitos de nuestra sociedad, abarcados por una síntesis totalizadora en estos diálogos.

ORFILIA POLEMANN



Una aclaración

Señor Director:

19-X-81

“Fui aludido en una carta publicada en LA NACION el 30-8-85 y más recientemente en una colaboración de Marco Denevi.

“En la carta, firmada por el director del Centro Cultural General San Martín, se dijo que, «el escritor Juan José Sebrelí se vio obligado a retirarse ante la hostilidad que despertaron en el público y en los demás panelistas sus opiniones sobre Carlos Gardel. . .»

“El señor Denevi expresa: «¿Quiénes lo hostilizaron al extremo de hacer sonar una música para que sus palabras no fuesen oídas? ¿Las barras bravas del fútbol, alguna patota de inadaptados? No. Fueron argentinos que resisten el calificativo de cultos, personas cuya profesión apela a la inteligencia, a la sensibilidad, al espíritu».

“Invitado por el Fondo Nacional de las Artes integré aquel panel, que formaron también el presidente del Fondo, doctor Erwin Harvey, el doctor Luis Adolfo Sierra y el señor Sebrelí. A diferencia de los señores Denevi y Javier Torre -director del Centro Cultural-, que no estuvieron en la reunión, puedo afirmar:

“1) Que ningún panelista tuvo oportunidad de hostilizar al señor Sebrelí, que fue el primero en exponer. A pesar de varios pedidos del moderador, señor Onofre Lovero, Sebrelí usó en su exposición mayor tiempo del que se le había asignado.

“2) La versión que repiten los señores Torre y Denevi es inexacta también en otros aspectos, además de incompleta. No sólo habló de Carlos Gardel para opinar que muchos argentinos lo ungian en absurdo tabú -como dice mal informado Torre- sino que previamente caracterizó también a la sociedad argentina como grupo fetichista domesticado en cultos como el de San Martín, con cuya imagen y figura se abrumba a edificios públicos, plazas y parques. De paso condenó también la moralina ambiente, que persigue a quienes no desean ponerse de pie cuando se entona el Himno Nacional en una sala pública.

“3) A continuación, Sebrelí enunció anécdotas sobre Gardel, ninguna de las cuales tiene parentesco con la biografía del cantor. Aquí fue cuando el público empezó a manifestar su disconformidad con el orador, pero no con la hostilidad que de oídas reprochan Torre y Denevi

sino con franca hilaridad. A título de ejemplo, menciono únicamente a don Edmundo Guibourg en primera fila, cuyas espontáneas carcajadas fueron acompañadas por la mayoría de los concurrentes. Otros distinguidos intelectuales y artistas presenciaron el inusitado espectáculo. Ninguno acompañó a Sebrelí al abandonar la sala”

José Luis Macaggi

Bdo. de Irigoyen 146
Capital

1987

EL PERIODISTA DE BUENOS AIRES Nº 138 - DEL 1 AL 7 DE MAYO D

LIBROS / EL INCOMODO SEÑOR SEBRELI

LAS SEÑALES DE LA MEMORIA,

Juan José Sebrelli,

Sudamericana, 1987.-



En Argentina, acaso sea Juan José Sebrelli —por qué no decirlo, sin pudores ni entusiasmos histéricos— el hombre que mejor ha asimilado, y a veces trascendido, la lección del intelectual más importante del siglo, Jean-Paul Sartre.

Equivocado a veces, en ocasiones refractario a aceptar ideas opuestas, siempre tuvo la infrecuente honestidad e integridad intelectual —cf. **El riesgo de pensar**, Sudamericana, 1985— para rectificarse públicamente y cambiar de rumbo sólo cuando convicciones intransferibles y personales lo instaban a ello. Y tal vez sea éste, justamente, el test más delicado al que se pueda someter un intelectual contemporáneo: la rectificación, el reconocimiento del margen de error.

Las señales de la memoria es la plasmación de una serie de conversaciones mantenidas por el autor con Orfilia Polemann —una interlocutora sagaz, ávida, acicate perfecto para que se despliegue el pensamiento de Sebrelli— a lo largo del año 1986; el resultado de las mismas es un testimonio vivo de los intereses múltiples, casi infinitos sobre los que puede posarse la mirada de Sebrelli, desde la arquitectura urbana hasta la plástica contemporánea, pasando por recuerdos de su infancia, su iniciación en la literatura o sus viajes por geografías exóticas y lejanas. Y la primera constatación que surge es casi previsible: Sebrelli es incómodo —por suerte— profunda, visceralmente incómodo, como todo aquel que rasca con uñas afiladas

el rostro de los mitos —populares, entrañables, cómodos como vehículo de proyección y generadores de quietismo colectivo— para despojarlos de cosméticos y maquillaje. Es profundamente incómodo cuando se exhiba en torno de Gardel, el fútbol o Perón, es incómodo porque al rectificarse obliga a la rectificación, es incómodo porque es un espejo que refleja deformaciones, protuberancias o mistificaciones cálidamente aceptadas. Pero es incómodo por otra causa que rebasa la crasa textualidad de sus formulaciones: es incómodo porque lo que dice, lo dice a partir de una asombrosa erudición.

Rectificaciones, formulaciones polémicas, afirmaciones imprevisibles, vueltas de tuerca, nuevos ajustes, virtuales contradicciones: son las características adjetivas de una labor que comporta un objetivo sustancial, el de Sebrelli: pensar una sociedad, desentrañarle los pudores más íntimos partiendo de las premisas esenciales o deteniéndose en los datos contingentes, pero desentrañarla en su integridad, para satisfacción de algunos e incomodidad de muchos, tales los verdaderos riesgos del pensar.